

EL AREA 18

R. FONTANARROSA



Congodia, un joven y pequeño país africano, ha logrado su independencia y su desarrollo apostando al triunfo en los encuentros que disputa su invicto equipo nacional de fútbol.

Pero Congodia se halla en una estratégica situación geográfica y las apuestas, por tanto, se tornan más y más importantes. Así lo comprende una poderosa corporación multinacional, que decide armar un conjunto capaz de obtener la victoria en el mismísimo clima infernal del estadio Bombasí.

Para ello, recluta a una pandilla de desesperados bajo la capitanía del único hombre que puede conducirlos al éxito: Best Hama Seller, el controvertido aventurero internacional sirio.

CAPÍTULO 1

Al fondo, a cien o a lo sumo doscientos metros por delante de la nariz de caprichosa curva de Seller, debía aparecer la salida. Tenía que aparecer. El aire estaba sorprendentemente fresco y, quizás, enrarecido. No podía deberse a la profundidad porque, según recordaba el sirio, no habían descendido demasiado. Las pequeñas luces del techo, protegidas con mallas de alambre, se mostraban cada vez más espaciadas y el grupo de hombres, al caminar, debía atravesar ahora cortos tramos de sombra.

Desde el momento en que habían entrado al túnel, el silencio se había apoderado de ellos como una consigna. Sólo se escuchaba sobre el piso de cemento el resonar de las pisadas, el disparejo golpeteo de los tacones. En el sensitivo oído de Seller, capaz de captar el crepitar de la brasa de un cigarro, discurría también el respirar agitado de Obdan, el polaco, detrás suyo, aún no recompuesto tras la violenta sesión de calistenia previa, allá arriba. Seller había logrado normalizar el ritmo de sus inspiraciones con el simple recurso de comprimir el aire que circulaba por su pulmón derecho contra la vena subclavia y luego rebatirlo, violentamente, contra las paredes de la tráquea. Este procedimiento, que le enseñara un monje lama en Quito, Ecuador, le devolvía de inmediato el pulso normal y su respiración tornaba a ser calma y mansa como la de un niño.

La voz estentórea de Dagomir, el cimbreado negro original de Florianópolis, al sur de Brasil, les sobresaltó.

—¡Escuchen! —repitió Dagomir—. No se oye nada.

Era cierto, el estruendo, aquel ensordecedor estruendo que les llegara permanentemente desde arriba desde hacía casi dos horas, había cesado. Lo había reemplazado un silencio denso y sólido, que oprimía los oídos y, podía decirse, vibraba.

—Se callaron —aventuró Seller.

—¿Qué les pasa? —masculló Obdan.

—¡Sigán, sigán! —desde atrás, estentórea, llegó la orden de Muller—. ¡No se detengan, no hagan caso a nada, sigán!

El grupo continuó la marcha. Bajo el olor penetrante del aceite verduco que brillantaba las piernas de los hombres, tras el agrio tufo a sudor, entre el vaho a almíbar limonado que despedía su propia colonia, Seller atrapó ahora un espeso aroma a fruta podrida, a aguas estancadas, a pescado levemente descompuesto que llegaba desde adelante, desde allá al fondo, quizás desde la salida, flotando por el aire como embalsamado y ya caliente.

—¡Hace calor acá! —gritó Renault.

—Debemos estar pasando cerca de las calderas —aclaró alguien atrás.

—¿Cuánto hace que estamos caminando?

Eso era bueno, reflexionó Seller. Que hablaran. Que se animaran a hacerlo. Estaban recuperando el ánimo. Estaban volviendo a manejar la particular excitación gozosa y enervante previa a los grandes acontecimientos.

—¡Los hijos de puta nos han mandado por otra parte! —se rió, atrás, Pedro.

Salvo Seller, todos rieron e insultaron en voz alta. Alguien empezó a palmear. Era el momento de cantar. Seguramente quien palmeaba era Muller. Sí, pensó Seller, si aquella caminata se prolongaba, mejor para ellos. Llegarían a la salida eufóricos, desbordados, agresivos y feroces como un pelotón de rinocerontes enardecidos, como una pira de chanchos salvajes. Así le habían contado que lanzaban los toros a la lidia.

Palmeó al compás y abrió la boca para atacar la canción marcial. Fue cuando de repente, arriba, estalló en mil pedazos el silencio y un fragor alucinante sacudió incluso la tierra, rebotó acrecentándose entre las paredes del túnel, desgarró los tímpanos de todos y llegó a despeinar el prolijo cabello de Obdan, el polaco. Se detuvieron como si hubiesen chocado contra la misma masa sonora que caía desde allá adelante, cual una inmensa y ensordecedora ola, golpeándoles.

Dagomir giró la cabeza y miró hacia atrás; su piel negra había tomado la tonalidad de la pizarra, de la mica muy ajada o la de una roca de basalto que ha perdido el feldespató. La gritería, tremenda, aunque pareciese imposible, seguía in crescendo dando la impresión de que en cualquier momento las gruesas paredes del túnel se partirían pulverizadas por el ruido.

Seller sintió que le tocaban el hombro. Se dio vuelta y vio cómo Obdan le gritaba algo. Gritaba a tres centímetros de su cara, pero no le escuchó. Era como intentar comunicarse en el vórtice del tifón «Magdalena» de las Azores o en la pista central de «Mármara», la restallante discoteca de Estambul. Acercó su oído a la boca de Obdan.

—¡Sigan, sigan! —le señaló Obdan hacia el frente. Seller golpeó el hombro de Jerry, delante suyo, y con la mano le indicó que continuaran el camino. Jerry se volvió para gritarle algo, pero Seller no lo escuchó, sólo vio las flácidas facciones del yanqui agitándose en el aire, como un pez abisal, tal vez insultando. Jerry Kaminsky había sido piloto de prueba del F-14 y su rostro, achatado, estrujado y distendido por las velocidades superiores al Mach 2, nunca había recobrado la tonicidad muscular original. Especialmente desde aquella dura tarde en que una gallineta montera reventó el vidrio de su carlinga.

El grupo había reiniciado la marcha. Seller volvió la cabeza y observó a Dagomir. Se lo notaba nervioso y retorció entre sus dedos el collar de cola de iguana. Mister Muller,

conocedor de ciertas flaquezas anímicas del moreno, había encomendado a Seller la custodia y el respaldo moral de Dagomir Lula Mario Lobo Marchessi. La vista experta de Seller se fijó solamente en los lagrimales mórbidos y rosáceos del negro. Contó las palpitations. Se tranquilizó: Dagomir resistiría.

El sirio tropezó de repente contra la espalda de Jerry. De nuevo se habían detenido. Adelante, el pasadizo se abría en dos direcciones. No se veía ninguna indicación y por otra parte la luz era cada vez más escasa. Dagomir y también Gianni pretendían pedir instrucciones hacia la retaguardia del grupo. Era totalmente imposible hacerse oír. Seller giró su enrulada cabeza buscando con la mirada a Muller. Lo vio semioculto por Ted, congestionado bajo su gorra a cuadros, haciendo señas de que debían tomar el túnel de la derecha.

—¡A la derecha, a la derecha! —se desgañitó Seller innecesariamente, porque ya Renault había continuado la marcha hacia ese lado.

El estruendo no había disminuido absolutamente nada. Sin dejar de caminar, el sirio introdujo su mano derecha por debajo de una de sus medias y arrancó del reverso del protector de aluminio que cubría su pierna diestra una mata de algodón apelmazado. Lo separó en dos pedazos y se los introdujo en las orejas. La opresión del fragor no desapareció, pero al menos ya no parecía que tuviese el cráneo ceñido por un aro de acero ardiente. Esa precaución debería haberla tomado Billy «el Asqueroso», antes de salir, maldijo Seller.

En ese instante volvieron a detenerse. Dagomir intentaba explicarle algo y gesticulaba como poseído, señalando hacia la pared. Adheridos a ésta se veía cerca de una docena de voluminosos hongos blanquecinos, acanalados en la base y con la piel tan rugosa como la de un hipopótamo. Chorreaban una melaza densa que había formado un charco junto a la pared. Seller se abrió paso enérgicamente ha-

cia los primeros hombres y observó los hongos ante la atención de todos. Cortó uno de los más pequeños y lo masticó. Sabía a orín y su consistencia era la misma que hubiese resultado de masticar un batracio nonato. Seller reprimió una arcada. Tiró el resto del hongo.

—¡Ya pasamos por aquí! —gritó—. ¡Son los mismos hongos!

No pudieron escucharlo, pero los gestos del sirio eran por demás gráficos. El desconcertado grupo tornó sobre sus pasos.

—¡Hemos estado dando vueltas en círculo! —casi lloriqueó Zorba.

Tras el giro, Muller había quedado al frente de la expedición, pero al percatarse de ello, se recostó contra una de las paredes dejando pasar a todos para mantener un puesto en la retaguardia, junto a Billy «el Asqueroso».

El férreo ordenamiento previo se había perdido. Mister Muller había previsto un pelotón encabezado por un cuarteto de choque constituido por Renault adelante, casi como pionero, y, dos pasos tras de él, Gianni, Zorba y Seller. En el medio, Obdan, Oscar Rómulo Garfagnoli, Jerry y Dagomir. Cerrando el pelotón con la apoyatura de Massimo, Ted y Pedro adelante de mister Muller, Billy «el Asqueroso» y los mellizos Heineken. Pero los cambios de dirección, que ya sumaban ocho, la imposibilidad de comunicarse, los nervios, el aturdimiento y la premura por salir de aquella ratonera, habían distorsionado el perfecto diagrama elaborado por el cerebro alemán. Seller, decididamente, tomó la cabeza del grupo, buscando la salida, la luz final. Ya no percibían ni el sonido de sus propios pasos. Y Seller comprobó que hacia el frente la luz se atenuaba paulatinamente hasta convertirse en una pétrea oscuridad, cerrada y cruda.

Volvió la cabeza y vio detrás suyo los ojos enrojecidos y espantados de Massimo. Miró hacia arriba antes de recomenzar la marcha y advirtió por primera vez en ese nuevo segmento de túnel una especie de riel que corría adosado

al techo. A pesar de su capacidad deductiva, Seller no llegó a precisar de qué podía tratarse y tampoco era el momento de entretenerse en investigaciones complejas. El grupo debía continuar la marcha rumbo a la oscuridad.

Seller estiró los brazos hacia ambos costados del cuerpo hasta casi rozar las paredes laterales del pasadizo y avanzó. Pronto dejaron atrás la desmayada luminosidad de la última lamparilla superior y caminaron en la más total de las negruras. Seller adelantaba sus pies con cuidado, con la atenta morosidad de un bailarín ritual tailandés, tanteando el camino, lentamente pero sin detenerse. Las manos de Massimo se sujetaban a sus hombros y suponía que todos estarían haciendo otro tanto con el que les precedía, conformando un casi infantil encolumnado ciego y medroso. Sentía el sirio, cada tanto, en la punta de los dedos, el roce áspero de las paredes. De pronto algo le mojó los tobillos, notó agua bajo sus botines, humedeciendo el grueso tejido de las medias, infiltrándose insidiosamente bajo los protectores de aluminio que ceñían sus pantorrillas.

—¡Agua! —dictaminó, confuso. Pero no se detuvo; el nivel del agua, al parecer, no crecía. Era tibia, casi caliente. Por un momento sintió desaparecer la presión de las manos de Massimo sobre sus hombros.

Aquello lo desconcertó. No era posible que los demás hubiesen abandonado la marcha dejándolo solo, allí dentro. Sin embargo, antes de darse vuelta, volvió a sentir las manos de Massimo depositándose, aferrándose a sus protuberantes clavículas. Bajo el agua que cubría sus pies, algo carnoso le golpeó el tobillo. Levantó instintivamente el pie derecho mirando hacia abajo, pero la oscuridad era impenetrable. Un sudor helado le congeló el labio superior. Pensó en una manta raya. De repente vio un reflejo de luz quebrado en las ondas del agua. No podían ser peces luminosos, era sólo un reflejo. Elevó la vista y vio al fondo, lejos, una luz.

—¡La salida! —gritó.

La luz se fue agigantando, su diámetro fue creciendo. No era la salida, era un foco. Un foco que se acercaba a gran velocidad desde la lejanía. Seller sintió en la punta de sus dedos que las paredes del túnel temblaban, y aun dentro del pavoroso estruendo que siempre los rodeaba, detectó el trepidante lanzazo de un silbato.

—¡Un tren! —gritó al tiempo que las manos de Massimo sobre sus hombros se hacían garras que amenazaban destruirle las clavículas.

En una infinitesimal fracción de tiempo recordó el riel en el techo, vio abalanzarse sobre su cuerpo el ya enorme foco como suspendido en el aire y se echó hacia atrás esperando el impacto. Era el final. Cerró los ojos y cuando los abrió de nuevo la oscuridad impregnaba todo, estaba arrodillado sobre los diez centímetros de agua caldeada y los brazos de Massimo le rodeaban el cuello. Otra mano, desconocida, se retorció bajo sus glúteos empapados. Había sido tan sólo un foco, un foco adosado al techo, deslizándose por aquel riel superior a enorme velocidad, lo que había pasado como una exhalación sobre sus cabezas.

Seller se reincorporó de un brinco, furioso.

Estaban procurando asustarlos con recursos dignos del más barato de los parques de diversiones. Reemprendió la marcha, decididamente. Pronto un par de manos se aferraron a su cintura. Podía ser Massimo o cualquier otro. Con seguridad nuevamente el precario orden se habría ido al demonio ante aquel foco volador que había pasado sobre sus cabezas cual un cometa Halley de utilería.

Buscó con la punta de sus dedos las paredes laterales y comprobó que lograba tocarlas con las palmas de las manos. Aquello se iba estrechando. No había dudas. En tanto caminaba, advirtió que las paredes ya se encontraban a escasos diez centímetros de cada uno de sus hombros. Tuvo una alarmante presunción y levantó su mano derecha violentamente, estrellándola contra el techo que se hallaba ahora apenas a veinte centímetros sobre su cabeza.

Apuró el paso sintiendo cómo el agua tibia se arremolinaba bajo sus botines anegados. El túnel no había continuado estrechándose, al menos, pero de todos modos no se veían luces adelante todavía.

Seller detectó entonces una vibración. Primero fue un ligero temblor, un estremecimiento, un parpadeo del aire, que adjudicó a su cuerpo destemplado. De inmediato desechó esa posibilidad. Era un hombre hecho, e incluso deshecho, en la fragua de la expresión corporal, un hombre que controlaba y conocía todos los recovecos de su organismo como a las palmas de sus manos, y a las palmas de sus manos como al mapa orográfico de Siria, su tierra natal. Y precisamente allí, en las palmas de sus manos, estaba recibiendo ya un golpeteo histérico de las paredes, un sacudirse ostensible del techo. Bajo sus pies, el agua caldeada tomó vida y salpicó más arriba de las rodillas. El piso en la oscuridad pareció irse y venir para tornar a alejarse, y una suerte de terremoto con distintos epicentros hizo que el grupo detuviera la marcha y que todos manotearan con angustia las paredes esquivas. Tras tres minutos de temblores, las sacudidas tendieron a disminuir, no así el estruendo, que en ningún momento, tras la corta interrupción, había menguado de nivel.

Seller aprovechó, arrancó violentamente hacia adelante, se desprendió por un instante de las manos que lo tomaban de la cintura pero que de inmediato volvieron a atraparlo. Debían salir de allí. De pronto, como una aparición, allá al frente, vio una luz. Una luz neta y brillante. Un destello.

—¡Allá, allá! —gritó sin que nadie lo escuchara, pero estimó que los demás también deberían haberla visto. Estaría a trescientos metros de ellos y a medida que se acercaban las vibraciones volvían a hacerse más y más notorias.

Un fino polvillo, como una llovizna alcalina, comenzó a desprenderse del techo y se pegoteó en los transpirados rostros. El túnel comenzaba a hacerse más amplio y ya la lu-

minosidad que llegaba del fondo hacía adivinar el final. También el agua parecía haber desaparecido. Seller consideró la posibilidad de correr hacia la luz, pero el movimiento del piso lo tornaba peligroso. Con la boca hecha una lanilla, el sudor que insistía en introducirse en los ojos y el corazón saltándole en el pecho, trotó seguido por el grupo de desesperados. La luz iba cobrando más nitidez y una blancura irreal. Pronto todos quedaron, jadeantes, al pie de la escalinata de cemento que los llevaría al exterior. Era una escalera muy larga, mucho más de lo que ellos hubiesen imaginado.

—Estamos más profundo que lo que suponíamos —carraspeó Seller.

De cualquier forma era casi imposible precisar el verdadero final de la escalera, dado que la luz, en lo alto, enceguecía.

Se volvió hacia los demás y vio rostros demudados, ojos dilatados por el temor y la expectativa. Tras el grupo, también advirtió las mandíbulas apretadas, las tensas venas del cuello de mister Muller, que le gritaba algo.

—¡Suba, suba!

No era necesario escucharlo para adivinar la orden. Seller tragó saliva y miró hacia arriba. La escalinata le recordaba a aquellas que llevaban hasta la cúspide de ciertas pirámides aztecas, hacia las piedras de sacrificio. Pisó el primer peldaño. Algo le golpeó la espalda y cayó a sus pies. Era Dagomir, aferrado torpemente de un brazo por Obdan.

—¡No quiero salir, no quiero salir! —gritó el negro, crispado.

Muller se abrió paso entre el grupo y pegó un puntapié al brasileño en un muslo.

—¡Arriba, arriba, afuera, vamos!

—¡Tiene una crisis! —intercedió alguien. Billy «el Asqueroso» se abalanzó sobre él destapando el frasco de sales reactivantes. En realidad era un engendro de su invención, consistente en menta, amoníaco, granos de pimienta, for-

mol y purpurado tóxico de permanganato sódico. Una inspiración tan sólo de su aroma hubiese podido reanimar incluso a una tortuga disecada. Dagomir le arrancó el frasco de la mano y bebió dos tragos con desesperación, posiblemente confundiénolo con agua. Abrió la boca entonces de una manera espantosa, las órbitas retuvieron a los ojos en un esfuerzo titánico y se tomó el cuello con las manos como para ahorcarse. Seller saltó junto a él y lo enderezó apresándolo por los hombros.

Calculó el golpe y le asestó un impresionante mandoble con el filo de su mano derecha abierta. Casi en la sien izquierda del negro, sobre la oreja. La cabeza del brasileño se agitó como una peonza y pareció que nunca volvería a la quietud. Cuando se detuvo, Dagomir miró fijamente hacia adelante dando la impresión de que jamás hubiese visto a sus compañeros.

—¿Qué hacemos acá, por qué no salimos? —balbuceó confuso.

Fue una inyección de ánimo para todos. Seller tomó la delantera y comenzó el ascenso.

Allá arriba, algo bullía, hirviendo, rabioso, como el interior de un caldero con serpientes.

Allá arriba, un animal monstruoso, multiforme, destrozaba el aire calcinado y tenso de la noche con un fragor de alaridos insoportables.

Allá arriba, el calor mismo palpitaba, agazapado, esperando con furia, que asomara la enrulada cabellera del sirio.

Seller continuó subiendo, entumecidos ya los músculos recios de sus piernas, viendo agrandarse escalón a escalón el rectángulo de luz enceguedora. Cuando faltaban apenas diez peldaños para alcanzar el nivel del piso, una oleada de vapor tropical húmedo lo envolvió como si se hubiesen abierto de golpe las puertas de un horno. Les llegó a todos un olor abigarrado a papayas, a mangos, a mangles, a macachines, a césped mojado, a transpiración, a naranja, a cigarro de hoja.

—Hay anís también —especificó Seller.

Alguien, desde atrás, le alcanzó el balón. Palpar la fresca porosidad del cuero, seguir con los dedos las canaletas demarcatorias de los gajos, lo tranquilizó un poco. Era el momento de salir, lo que habían esperado tanto tiempo. Habría que cuidar el andar, el paso, el primer impacto teatral de la aparición.

«Cabeza alta, dientes apretados, mirada al frente, pecho adelante, el balón sostenido con la mano izquierda sobre la cintura, la otra mano con puño cerrado, o bien, acomodando como al descuido la tela del pantalón sobre los testículos, tocando la protuberancia masculina de los testículos. Como para que vayan sabiendo...», recitó mentalmente el sirio, tal cual lo había practicado mil veces durante la preparación.

Saltó los dos últimos escalones y así, tras la figura ágil y fibrosa de Best Seller, bajo el ensordecedor griterío de ciento veinte mil desaforados, los Mapaches Aulladores del Spartan Soccer de Dyersville (Iowa) fueron pisando, uno a uno, y por vez primera la tierna grama del Bombasí Stadium, el inexpugnable reducto de la escuadra local.

CAPÍTULO 2

—¿Te has dado cuenta, Best, de que los locos nunca están solos? —Erbie Salinger dejó en suspenso el bocado de carne para formular la pregunta.

—¿Cómo?

—Si te has dado cuenta de que los locos nunca están solos.

—¿Cómo solos?

—Solos, alejados... apartados... —insistió Erbie en tanto llenaba nuevamente la copa de Seller.

—No sé, no lo he pensado —vaciló el sirio, contemplando, abajo, las luces de los vaporcitos que recorrían el Nilo.

—Nunca están solos. —Erbie depositó el peso de su voluminoso cuerpo sobre el filo de la mesa y por cuarta vez en la noche abandonó el cordero al curry que amenazaba con manchar su corbata.

—Son como las hormigas, andan juntos, en grupos...

—¡Ah! —Seller asintió distraídamente, observando de reojo el nivel de vino en la ahusada botella.

La misma curiosa observación había hecho Erbie a poco de sentarse a la mesa. Habían llegado hasta el restaurante tras dos o tres minutos en ascensor y al salir de éste se habían encontrado en un pequeño hall de acceso que daba también a la puerta de la cocina. Habían transpuesto el hall, entrado al salón comedor y tomado una mesa junto a los ventanales, frente a la puerta misma del hall. Pero a poco de instalarse y comenzar la charla, Erbie constató que la puerta había desaparecido. Fue allí cuando verificó el nivel

de vino en la botella. Se tranquilizó al notificarle Seller que el restaurante era giratorio.

—Por ejemplo —continuó Erbie, ajeno al inquieto vistazo del sirio—, estuve cubriendo algunas notas en Bremen, me pasé allí dos meses enviando cables a todo el mundo sobre un tipo que llevaba ese tiempo encerrado en una cabina telefónica...

—Interesante nota.

—Ya lo creo. Pensaba batir un récord mundial en la materia. Te aseguro que no había antecedentes en esa disciplina.

—Ni tampoco jurisprudencia...

—Ni tampoco jurisprudencia. Pero el hombre, un húngaro, estaba dispuesto a pasarse noventa días allí.

—¿Lo logró? —por primera vez pareció interesarse Seller.

—No, la cola que se había formado frente a la cabina era impresionante. Prácticamente lo arrancaron de allí dentro por la fuerza...

—Una pena...

—Una pena —certificó Salinger, que había vuelto a dedicarse con fruición al cordero—. Pero ése no es el caso. Yo alquilaba un pequeño departamento en ese entonces. Mi vecino de al lado era loco. Totalmente. Cada tanto me golpeaba la puerta y me preguntaba si yo no había visto a su tío en los pasillos. Pero tampoco ése es el caso; el portero del edificio, también era loco...

—También —corroboró Seller, hurgando atento en su filete de pescado.

—Totalmente. Insistía en que le habían insertado en el cerebro una cápsula con microfilms conteniendo la fórmula de una nueva bebida gaseosa soviética que iba a arrasar con la Coca Cola.

—Eso sería atroz.

—Tú lo has dicho. Luego, día por medio —continuó Erbie con entusiasmo al ver que Seller se mostraba impacta-